

la feria de los días

¿COSA DEL PASADO?

¿QUE la tragedia clásica es cosa del pasado, alimento de eruditos, mero documento histórico de una época lejana en el tiempo y en la sensibilidad? Muchos lo creen así. Otros, menos indiferentes, le reconocen una vigencia limitada: admitiendo la supervivencia del fondo, se creen obligados a enmendar todo el resto, mediante correcciones y adaptaciones "al gusto moderno".

FUENTE

SIN EMBARGO, el viajero en tierras griegas tendrá oportunidad de averiguar, si el asunto le interesa, hasta qué punto Sófocles, Esquilo y Eurípides continúan siendo —no han dejado jamás de ser— fuente actual y viva de emociones para el hombre menos versado en la historia de la literatura dramática.

TEMPORADAS

AÑO CON AÑO, en varios lugares de Grecia se llevan a cabo temporadas de teatro clásico. Los

escenarios no pueden ser más apropiados: el odeón de Herodes Ático, en Atenas; el de Epidauro, en la población del mismo nombre; Delfos... Las obras se representan, naturalmente, en griego. La actuación y la puesta en escena son irreprochables y evitan cualquier concesión que no sea la muy lógica de adoptar la fonética y algunos giros del griego moderno. El único decorado lo brindan las maravillosas noches helenas.

EPIDAURO

HACE pocas semanas, pude admirar uno de estos majestuosos espectáculos durante el Festival de Epidauro. Se trataba de *La locura de Hércules*, no muy conocida tragedia de Eurípides, lo cual duplicó mi interés. Pero lo que más me impresionó fue la composición y la reacción del público.

GENTE

SENTADOS en las milenarias gradas, estaban allí, no el escritor Fulano, ni el helenista Zutano, si-

no personas ordinarias, campesinos, pequeños comerciantes, amas de casa, artesanos, empleados; casi todos venidos desde sitios más o menos distantes, en autobuses especiales. Y eran de verse los rostros de aquella gente, su profunda y constante atención, su actitud tensa y acorde, sus murmullos de entusiasmo o de condolencia. En la escena, hombres y dioses dirigían sus parlamentos, no a unos oídos ideales, no al espíritu llano y profuso de la arqueología convencional, sino a unos espectadores de carne y hueso que perpetuaban con fidelidad espontánea una tradición de insuperada hondura humana.

¡Tanto más podría decirse a propósito del Festival de Epidauro! Quede, no obstante, para otra ocasión.

—J. G. T.



Los escenarios no pueden ser más apropiados: el de Epidauro.